

Pereda pintado por sí mismo (1851-1906). Un epistolario, 3 vols., Salvador García Castañeda, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, col. La rosa de los vientos, núm. 2, 2023, 2381 págs.

ALBERTO CUSTODIO ROMERO VALLEJO
UNIVERSIDAD DE OVIEDO
romeroalberto@uniovi.es

La carta como género literario, en todas sus formas y posibilidades, nutre nuestra historia literaria desde diversos frentes. Primero, como fuente primaria de información de sus respectivos autores y autoras, pero también como un sistema literario propio, con sus códigos y sus formas más íntimas, donde la proximidad con el interlocutor constituye uno de sus aspectos más genuinos. Más allá de su influencia y uso como ficción epistolar — en las *Cartas Marruecas* (1789) o *Pepita Jiménez* (1875), por ejemplo —, su recuperación académica en las últimas décadas ha servido para sacar a luz pública las calidades de un lenguaje literario, no por su condición no ficcional o periférica respecto a los géneros mayores, hasta ahora menor o secundario.

Esto es lo que se puede comprobar en la reciente edición del epistolario completo del polígrafo cántabro José María de Pereda (1833-1906) que ha realizado el reconocido hispanista y profesor emérito de literatura española en The Ohio State University Salvador García Castañeda, premio de las Letras Ciudad de Santander en 2022. Bajo el título *Pereda pintado por sí mismo (1851-1906). Un epistolario*, García Castañeda nos presenta en tres volúmenes el análisis y edición de un valioso corpus conformado por mil trescientas cincuenta y tres cartas, firmadas en su mayoría por el propio novelista. Este ambicioso y preciso trabajo supone la culminación de más de tres décadas dedicadas a estudiar y rei-

vindicar la figura de Pereda, y viene a completar también la importante aportación del profesor al examen crítico de la obra de un hombre que «vivió para las letras» (p. 533).

Pereda pintado por sí mismo —que es posible consultar digital y gratuitamente gracias a la cortesía de la Real Sociedad Menéndez Pelayo a través de su portal de publicaciones (<https://monografias.sociedadmenendezpelayo.es/pub/index>)— revela a sus lectores, como indica García Castañeda, «nuevos y más íntimos aspectos de un hombre psicológicamente más complejo que el admirado por sus correligionarios y sus paisanos» (p. 526). Desde el propio encabezado, que bien resuena al de las estampas decimonónicas de Ignacio Boix en *Los españoles pintados por sí mismos* (1843-1844), el editor nos sugiere la imagen propia que Pereda quiere proyectar de sí mismo a través de sus cartas y que el lector podrá encontrar en el presente trabajo. Un trabajo de búsqueda, cotejo, transcripción, anotación y traducción —del catalán, dado el interés del novelista por la literatura en esta lengua, «como parte de la nacionalidad española» (p. 475)— que se materializa a lo largo de las más de dos mil trescientas páginas que lo componen.

El conjunto de las correspondencias se recoge en los dos últimos volúmenes de este triple libro, organizadas por orden cronológico. Así, en el segundo tomo encontramos 585 cartas, que van desde el dos de agosto de 1851 —la primera a la que el autor ha tenido acceso y que nos muestra a un Pereda que justo acaba de alcanzar la mayoría de edad— hasta el cinco de diciembre de 1890, mientras que en el tercero se incluyen las 767 restantes, fechadas entre el cuatro de enero de 1891 y el 2 de marzo de 1906, un día después de la muerte de Pereda —la última misiva que se incluye es un telegrama dirigido a Benito Pérez Galdós anunciando la muerte del escritor (p. 2381)—. Cincuenta y cinco años de su vida plasmados en unas «notas breves o epístolas, muchas de ellas con más extensión que las dos o tres carillas habituales» (p. 263), pero en las que descubrimos «al estilista, al observador de las costumbres de la sociedad de su tiempo, y al apasionado

amante de su tierra» (p. 263), que es como García Castañeda describe al mismo Pereda.

El primer tomo queda reservado para un «Estudio Introductorio» que abarca 590 páginas. Aunque el editor considere que no se propone publicar ni «una biografía ni una evaluación crítica de las obras de Pereda» (p. 526), los datos que arrojan estos densos párrafos iniciales constituyen el, hasta ahora, relato más completo de su vida y producción, entre otros asuntos por la cantidad de información que de las cartas ha podido recabar y analizar García Castañeda, «su diario vivir, sus amistades y sus enemistades» (p. 15). Así, el presente trabajo supone una completa revisión de las otras biografías clásicas de Pereda de José María Quintanilla (1906), José Montero (1919), Jean Camp (1937), Ricardo Gullón (1944), José Manuel González Herrán (1983) y Benito Madariaga de la Campa (1991).

El texto preliminar va dividido, además, en dos epígrafes: uno más bien biográfico (pp. 15-262) y luego otro dedicado al «Pereda de las cartas» (pp. 263-524), donde encontramos asimismo veinte subapartados en los que se abordan las distintas facetas del escritor a partir de las correspondencias incluidas en el libro y su relación con diferentes personalidades del momento con las que se escribe, como Ángel de los Ríos, Quintanilla, Alfonso Ortiz de la Torre y Enrique Menéndez Pelayo. En este preámbulo, García Castañeda nos ofrece un enfoque integral de la trayectoria personal y profesional de Pereda, cuya lectura no solo puede resultar de utilidad a un público especializado, sino a cualquiera que busque familiarizarse con la «autobiografía» del autor de *Sotileza* (1885), quizá su obra más aclamada. Una figura cántabra tan polifacética y dada al género epistolar, como se demuestra en este estudio, donde se rebate la idea de que Pereda escribía pocas cartas, cuando queda demostrado con el presente trabajo que eran «frecuentísimas, y en ocasiones, muy extensas» (p. 263).

La semblanza que el profesor traza sobre la vida del escritor, y la «autobiografía» que él mismo construye en sus cartas, va

acompañada de 129 imágenes que, en su mayoría, son retratos del autor —que ilustran a ese Pereda «hidalgo del Siglo de Oro» (p. 527)— y también de los hombres y mujeres, casi todos de letras, que fueron acompañándole en su vida y con quienes intercambia las epístolas que luego se reproducen. Estas ilustraciones, entre las que también encontramos fotografías de los enclaves en los que el novelista vivió y reproducciones de algunas de sus cartas manuscritas, como es el caso de la número 1024, dirigida a Galdós (p. 497) —imagen 120—, aportan una ventana visual al entorno social y literario del autor de Polanco. Se cierra con unas «Consideraciones finales» (pp. 525-534) donde el editor vuelve a reincidir en el papel de las misivas para conocer a un Pereda más personal a la par que modesto, tradicionalista, de moral estricta y con un sentimiento de rechazo hacia las novedades políticas y sociales. Tras estas, se incluye una bibliografía selecta, muy completa con todos los manuscritos, epistolarios y periódicos consultados para recoger el total de las cartas —aunque el mismo García Castañeda confiesa que hay algunas todavía perdidas a las que le ha sido imposible acceder (p. 525)—, seguida de los correspondientes índices onomástico-cronológicos que facilitan la identificación y consulta de los textos publicados.

El minucioso trabajo que el hispanista realiza en esta edición permite conocer de primera mano cualquier aspecto de la vida y el pensamiento de Pereda, así como sus intereses y desintereses por los acontecimientos históricos que acontecían a su alrededor, de ahí que la presente monografía constituya un aporte inestimable al estudio de la segunda mitad del siglo XIX español. Destaca la apatía que siente por la política de la España de entonces —a pesar de su intento por ser elegido senador por las Sociedades Económicas de Amigos del País en 1891 (p. 173) y de su conservadurismo católico—, excepto cuando afectaban directamente a su mundo. Porque si algo pone de manifiesto este epistolario y la pluma de Pereda es su color local y su regionalismo, al que quedó reducido por decisión propia viviendo «en un mundo voluntariamente limitado» (p. 530), pero desde el que defendió su

«tierra madre». De este modo, plasma sus ideas sobre la lengua hablada y vulgar de los montañeses y pasiegos en la carta número 53 dirigida a Manuel Tamayo y Baus, entonces secretario de la Real Academia Española (pp. 786-792) y al que describe como «afable, comunicativo y un tanto presuntuoso». Pugna también por defender la figura de Marcelino Menéndez Pelayo, a quien incluso recomienda en 1905 como merecedor del Premio Nobel de Literatura, como se recoge en la carta 1335 (pp. 2361-2363) dirigida a la Academia Sueca de Estocolmo — premio que recayó finalmente en el autor de *Quo vadis* (1895), el escritor polaco Henryk Sienkiewicz—. Las reflexiones del novelista sobre el naciente patriotismo de Cantabria, que tomaba el catalán como modelo, quedan de manifiesto, por ejemplo, en la carta 1147 (pp. 2177-2178) con Narciso Oller como destinatario, donde clama «Viva, pues, el regionalismo, pero dentro de la unidad nacional» y donde ya aborda la problemática sobre el independentismo catalán, un tema tan candente en nuestro presente.

García Castañeda, con este y sus trabajos previos, consigue mostrarnos a un Pereda proyectado desde el pasado en el presente y desde Cantabria hacia el resto de España, como prueban sus continuos intercambios con otros agentes y figuras de renombre del panorama literario nacional de su tiempo. Así, estas cartas nos muestran su aliciente por hacerse un nombre entre quienes admiraba y cómo de selectos, reducidos y personales eran los contactos que mantuvo, entre otros, con Gumersindo Laverde, Clarín, Narcís Oller y, de una forma especial, con Benito Pérez Galdós, «su compadre», a quien conoció en el verano de 1871 y cuyo grueso de correspondencias es el más voluminoso del libro. Pero estas epístolas también nos enseñan a un Pereda sincero, que no repara en hablarnos de la premura a la que enfrentaba sus obras —«hijas de mi pobre ingenio»— y la desconfianza con la que trataba a sus escritos, y hasta cierto punto espontáneo — cuando no incurre en redactar borradores de sus propias cartas, que también se incluyen en el presente libro—. Sin embargo, su aparente humildad retórica, que adapta estilísticamente en cada

ocasión, como se analiza en estos volúmenes, se trunca cuando «insiste en ser el autor más vendido de su tiempo» (p. 527). Quizá fuera esta extrema personalidad la que le valió algunas enemistades literarias, como la de Amós de Escalante o Emilia Pardo Bazán, que hasta llegó a afirmar que la pluma Pereda se encontraba en decadencia (p. 437), a lo que también contribuyó su papel como crítico literario, un asunto inédito hasta ahora y que García Castañeda aborda en su estudio. Con todo, el estilo que el autor emplea en sus correspondencias casa, de acuerdo con el editor, con el que empleó para su producción literaria novelesca, un aspecto que manifiesta el valor literario de su epistolario.

Pereda vivió en un tiempo ajetreado para la historia literaria, con la proliferación del realismo y el naturalismo —que detestaba, como podemos saber gracias a la lectura de sus cartas—, el nacimiento de las vanguardias y el internacionalismo que iba adquiriendo la literatura hispanoamericana, cuya difusión en España apoyó, como refleja en la correspondencia número 1120 (pp. 2150-2153). Su reducida y sencilla realidad, que traslada a unas correspondencias que parece que «no le gustaba escribir» (p. 263) —aunque nos dejó una importante suma—, es harto indicativa del universo al que el lector se sumerge en estos volúmenes.

Unas cartas, igual que sus libros, «donde se aprende a vivir bien y a morir mejor», como ya dijo de él don Marcelino. Y una reciente edición de su epistolario preparada por otro paisano suyo, Salvador García Castañeda, con la que pone de manifiesto el relevante papel de Pereda en las letras cántabras y españolas.